

**MÉNDEZ, Juan E. y WENTWORTH, Marjory,
*Un puesto de lucha: Los derechos
humanos en evolución*, primera edición
en español, México, Fondo de Cultura
Económica/Universidad Iberoamericana,
2021***

David Fernández**

El libro que ahora presentamos anuda y entrevera la vida personal de su autor, Juan Méndez, con la evolución de la comprensión de los derechos humanos en el mundo y en nuestros países latinoamericanos, desde su detención y tortura, hasta sus altas responsabilidades como oficial de derechos humanos en las Naciones Unidas. El autor es generoso porque nos deja conocer algo que quise enfatizar en el texto de la presentación del libro mismo: que la vocación de la lucha por los derechos humanos es entrañable, que nace, pues, del corazón y el estómago —de las entrañas, literalmente—, y no tanto de la convicción racional o la adhesión personal al derecho internacional de los derechos humanos, aunque estos estén siempre presentes. En la vida de Juan, su trabajo a favor de los derechos fundamentales de las personas le ha sido dado como algo gratuito, misterioso, dable. De esas vocaciones personales, entrañables, misteriosas, nace el derecho internacional y los mecanismos de defensa y promoción que ahora existen. El mundo cambia cuando cambian las personas, y éstas cambian al cambiar el mundo. Ese es el secreto que nos comunican las páginas que ahora presentamos.

Ante este propósito, quiero cometer ahora dos excesos: compartir una anécdota personal que viene al caso a propósito del posicionamiento reciente del Parlamento Europeo (PE) sobre el asesinato de periodistas en México, y hablar un poco de las violencias en nuestro país, que demandan la acción de ciudadanos y ciudadanas comunes, de organismos internacionales e instituciones públicas del país para su urgente atención. Creo que Juan Méndez no objetará que su libro nos sirva de pretexto para empujar las causas a las que ha dedicado su vida, su inteligencia y su talento.

* Reseña elaborada por David Fernández para la presentación del libro *Un puesto de lucha. Los derechos humanos en evolución*, que se realizó el 31 de marzo de 2022, en la Librería Rosario Castellanos de la Ciudad de México.

** Padre jesuita y activista defensor de los derechos humanos. Licenciado en Teología y Maestro en Sociología. De 2014 a 2020 fue rector de la Universidad Iberoamericana CDMX. A partir de 2021, funge como integrante de la Comisión para el Acceso a la Verdad, el Esclarecimiento Histórico y el Impulso a la Justicia de México.

Durante la discusión del Tratado de Libre Comercio (TLC) de México con la Unión Europea, nos hicimos presentes en Estrasburgo, sede del PE, algunos activistas de los derechos humanos, con el respaldo de los partidos verdes y socialdemócratas del viejo continente. Los parlamentarios pensaban que nos íbamos a oponer al TLC. Algunos partidos verdes también esperaban lo mismo. De hecho, hubo discusiones muy arduas al respecto; sin embargo, nuestro verdadero objetivo era incorporar una cláusula de DDHH en el texto del tratado. Así, nos entrevistamos con el presidente en turno del PE y con varios parlamentarios más. Para nosotros era imprescindible que la relación con Europa no se limitara al tema económico, y que el derecho internacional de los DDHH se incorporara en las relaciones comerciales. Pues bien, eso ocurrió. Era una demanda de muchos años, de muchos colectivos y grupos sociales. En ese entonces, el PRI gobernaba el país: era 1997. Era más necesario que nunca.

Esa cláusula, firmada por el gobierno de México, es congruente con el derecho internacional de los derechos humanos, que los piensa como de obligación ante los ojos del mundo, como un tema universal y no solo de alcance nacional. Por eso hemos luchado muchos y muchas a lo largo de décadas. Por eso ha luchado Juan Méndez —lo vemos en cada página del libro—, y todos y todas ustedes. Por eso hay una jurisdicción universal de los DDHH, por eso el Parlamento Europeo puede tomar posiciones frente a situaciones graves de atropello a los derechos humanos en nuestro país, así como en muchas otras latitudes del orbe. Eso lo hicimos para supervisar a otros gobiernos, en alianza con quienes gobiernan ahora el país, y era para aplicarlo cuando fuera necesario.

Hasta aquí el primer excursus. Procedo con el segundo:

En México enfrentamos ahora un incremento desbordado de violencias de todo tipo. Tenemos la violencia criminal, la conflictividad social, la violencia sexual y de género, las violaciones de derechos humanos a defensores, periodistas y migrantes, entre muchas otras. El mayor peligro que enfrentamos como sociedad es que nos acostumbremos a esta “normalidad” violenta, sí, pero sobre todo el que las nuevas generaciones piensen que este es el estado natural de la humanidad, que lo “normal” es que seamos violentos los unos con los otros, que no es posible erradicar de la convivencia humana el deseo salvaje de aprovecharse de los demás, a costa de lo que sea.

De esta manera, estamos frente a un reto práctico-político, pero también educativo y ético: ¿cómo formamos para la paz y la convivencia en un ambiente que los descarta como posibilidad real? ¿Cómo proponemos la reconciliación, cuando todo conspira para que nos enfrentemos con los demás? Como educador, no puedo dejar de plantearme este problema.

Es cierto, libros como el que ahora presentamos pueden ayudarnos en tanto se conviertan en material de divulgación educativa. También podemos poner a los muchachos y muchachas en contextos conflictivos y populares para que les cambie la mente y el corazón. Todo esto ayuda, pero el desafío es mayúsculo: es cultural, estructural, de deslegitimación de las violencias de todo tipo. Hasta la de Will Smith.

¿Qué violencias son las que presentan mayores desafíos ahora? Son desafíos, tanto desde el punto de vista de la seguridad de las personas como también desde la perspectiva de los derechos humanos.

La violencia criminal no tiene freno en nuestro país. Los grupos de la macrocriminalidad, resultado de la asociación público-privada, se han adueñado de grandes porciones del territorio nacional. Existe ahora una “gobernanza criminal” que gestiona recursos y relaciones de gobierno en la mayoría de los municipios del país. Esto los hace disponer de recursos con un poder corruptor infinito que, además, les permite apropiarse de bienes de la población trabajadora. La violencia de todo tipo está a su disposición, y quienes no se someten o compiten su hegemonía son víctimas directas de esas violencias. Más de 100 mil desaparecidos y casi medio millón de asesinados en los últimos tres sexenios así lo atestiguan. El gobierno ha renunciado a poner freno a estos grupos y a generar cuerpos policíacos civiles que los enfrenten. Las investigaciones de Ernesto López Portillo, del Programa de Seguridad y Democracia de la Ibero, dan cuenta de ello.

Durante la pandemia se han agravado algunas violencias, particularmente la violencia intrafamiliar y las de género. Esto se explica por el encierro al que nos hemos visto obligados, y también por la sobrecarga injusta de trabajo que ha recaído sobre las mujeres en el hogar; sin embargo, esta violencia “privada” es la manifestación de algo más profundo: la situación de subordinación y opresión a que están sometidas, en un sistema patriarcal como el nuestro. Efectivamente, las mujeres y los niños se siguen considerando como “propiedad” o apéndice del varón, subordinadas siempre a su designio y autoridad. Por esto, la agresión en su contra, incluso el feminicidio, tienden a normalizarse en nuestra sociedad. Esto es inaceptable y tiene que corregirse.

El número de feminicidios es alarmante y escandaloso. El asesinato por razones de género se contabiliza con poco más de nueve mujeres cada día, ¡alrededor de 3,246 mujeres cada año! Y se les asesina solo por ser mujeres, por considerar que valen menos que los varones, por pretender que no ejerzan su autonomía, por su defensa de los recursos familiares, entre otros factores.

Ninguna violencia de género puede ser tolerada: ni la verbal, física, económica, política ni la emocional. Hay que atajarlas a tiempo. Autocríticamente, los varones religiosos tenemos que revisar si con nuestras conductas, afirmaciones y predicaciones damos aliento a este tipo de pretendidas superioridades del varón sobre las mujeres.

México es el país más peligroso del mundo para ejercer el periodismo, incluso por encima de escenarios de guerra, como Irak o Afganistán, y ahora Ucrania. Allí han sido asesinados tres periodistas; acá, en este año, siete u ocho. El número de periodistas asesinados en nuestro país, desde hace aproximadamente cinco años, ronda la cifra de uno cada mes. Sí, doce por año, al menos. En el caso de los defensores del medio ambiente, la cifra es aún más alta. Durante este último trienio, tenemos 102 defensores y activistas asesinados, más de 60 defensores del agua y de los bosques, asesinados por agentes del Estado y por particulares, generalmente en el contexto de defensa del territorio frente a cacicazgos, mineras y agentes de la economía criminal.

La educación para la paz debe convertirse en uno de los ejes de la formación que ofrecemos en nuestros centros educativos. Esto incluye la educación para la no discriminación y para la tolerancia de la diferencia. Así, hemos de compartir con nuestros estudiantes y alumnos herramientas para el diálogo, la interculturalidad y el encuentro interreligioso. Fuente de muchas violencias es la imposición a los demás de un modo particular de ser y creer. Debemos de enseñar a respetar y apreciar las diferencias de género, orientación sexual, religión, visión política e ideológica, origen étnico y posición social. Educar para la diversidad y la inclusión contribuirá a construir una paz duradera y profunda para bien de todos y todas.

Al hablar de este tema, no podemos perder de vista que existe una violencia de carácter estructural que condiciona el desarrollo de muchas manifestaciones violentas. Nos referimos a las situaciones de pobreza, desigualdad y exclusión sobre las que funciona el actual sistema social y que generan muchos de los conflictos internacionales y domésticos hoy en día. La exclusión de los beneficios del desarrollo que padecen cuatro quintas partes de la humanidad no puede dar origen a un mundo pacífico e integrado. Las desigualdades económicas y de género en nuestros países y en la región latinoamericana, en particular, son una violencia que se ejerce de manera simbólica y real sobre más de la mitad de la población. No nos puede extrañar, entonces, el incremento de la violencia criminal, doméstica y represiva, cuando la población tiene derecho a emanciparse y buscar medios de vida satisfactorios y suficientes para su desarrollo como individuos y como familias.

Las poblaciones más susceptibles de sufrir violencia y exclusión en nuestro país, en la actualidad, y frente a las cuales hemos de desarrollar iniciativas de atención especial, de afirmación positiva y de inclusión, son: personas con discapacidad, adultos mayores, las niñas y los niños, las mujeres, los indígenas, las minorías religiosas o raciales, los migrantes, los refugiados, los desplazados internos, las personas con una orientación sexual distinta de la heterosexual, las mujeres trans, entre otras.

Mención especial merecen los migrantes. Las provincias jesuitas de Centroamérica y México nos hemos pronunciado respecto de la necesidad de poner condiciones estructurales para que no se vean obligados a migrar; sin embargo, la violencia de la que son objeto en nuestro país debe de estimularnos a ofrecer otras respuestas durante su tránsito por México. Sí, por supuesto, la acogida en los albergues en los que tenemos presencia, pero también la atención pastoral y sanitaria, el litigio de derechos humanos, la denuncia pública, la investigación sobre el fenómeno, el apoyo afectivo-emocional, la protección física, la concientización de las poblaciones mexicanas, todas estas son acciones que pueden aliviar la violencia en su contra. Se trata de una violencia omniabarcante: estructural, social, racial, xenófoba, delincencial y hasta religiosa, a veces.

Concluyo ya. Son reflexiones sueltas, como las que hace el mal tirador cuando arroja un puñado de guijarros para ver si alguno da en el blanco. No es verdad que hayamos callado como momias en otros momentos. Más bien, nunca hemos quitado el dedo del renglón.

Me siento muy honrado por haber podido escribir un texto sobre Juan y su libro, a modo de prólogo en la edición latinoamericana, como homenaje a su persona y su trayectoria. Se trata de un libro aleccionador, formativo, inspirador. También estoy muy contento de haber compartido con ustedes estas reflexiones que nacen de ese compromiso en el que todas y todos participamos.

